

**S. Pablo. *I Corintios* 12: 12-31: El cuerpo humano y la Iglesia.
Parámetros clásicos de un símil útil y verdaderamente significativo¹**

Pau Gilabert Barberà²
Universitat de Barcelona

A Miquel Canyelles

Desde la publicación de *Agnostos Theos* de Eduard Norden³, cualquier estudioso de S. Pablo es muy consciente –en el caso de que no lo fuera ya antes- de la dificultad innegable que supone relacionar el pensamiento y las palabras del apóstol de Tarso con fuentes clásicas concretas y precisas. Hago mención de este interesantísimo estudio precisamente porque el rigor y la seriedad tanto de sus afirmaciones como de sus sugerencias podrían hacer pensar más bien lo contrario. Y, sin embargo, pocos libros como éste, a mi juicio, han dejado tan claro que trabajar con textos de S. Pablo es difícil y arriesgado. O, dicho de otro modo, la personalidad intelectual del santo, a pesar de todas las deudas que en determinados momentos pueda tener con aquél o aquél otro –incluyendo escuelas, corrientes, etc.-, la mayoría de las veces difícilmente puede ser adscrita a fuentes inequívocas. Pues bien, lo que me propongo llevar a término en las páginas siguientes sería la prueba fehaciente de lo que acabo de decir, esto es, muchos de los símiles de los textos paulinos se inscriben en un marco de referencias difuso pero latente donde todo es dicho porque es posible decirlo. El escritor sabe perfectamente que quienes le escuchan o leen, con independencia de que sean conscientes o no del volumen de conocimientos incorporados por el hecho simple de pertenecer a un mundo cultural concreto, entenderán el mensaje con la ayuda inestimable de imágenes llenas de significado, verdaderos instrumentos del poder intelectual de los hombres. Naturalmente, podríamos preguntar también hasta qué punto el mismo S. Pablo tiene conciencia plena del marco de referencias global que intentaré presentar, pero entonces volvería a acudir a la obra de Norden para recordar que el apóstol sabe, casi siempre, mucho más de lo que explicitan sus palabras. En cualquier caso, nadie podrá responder adecuadamente a esta pregunta, de modo que el ejercicio que propongo es exactamente esto, un ejercicio, lo bastante convincente –espero- para que el lector no tenga la sensación decepcionante de haberse movido continuamente por el terreno de lo indemostrable y de lo increíble. Resumiendo: un trabajo más en la línea de otros que he publicado ya en esta misma revista⁴ y que aspira a seguir las huellas de la cultura clásica grecorromana- en documentos de índole diversa.

Damos paso, por tanto, al texto que analizaré acto seguido. En efecto, ¿qué nos dice la bien conocida primera epístola canónica de S. Pablo a los Corintios 12: 12-31, “famosa” entre otras razones por las polémicas tesis del santo respecto del matrimonio, el celibato, la sujeción de las mujeres a sus maridos y un largo etcétera? S. Pablo exhorta a los Corintios a abandonar las divisiones que se han hecho evidentes en el seno de esta comunidad, a fin de que, más allá de cualquier desacuerdo, prevalezca entre ellos un mismo pensamiento y parecer⁵. Este consejo, sin embargo, presupone un cultivo del espíritu que sus hermanos parecen haber abandonado, de tal suerte que, casi como si se tratara de una premonición del tipo de material que utilizará después,

¹ Este artículo fue publicado en *Universitas Tarraconensis*, vol. XIII (1990-1991) 109-126, y lo presento ahora con ligeras modificaciones.

² Profesor Titular del Departament de Filologia Grega de la Universitat de Barcelona. Gran Via de les Corts Catalanes 585, 08007 Barcelona. Teléfono: 934035996; fax: 934039092; correo electrónico: pgilabert@ub.edu; página web personal: www.paugilabertbarbera.com

³ Stuttgart 1956.

⁴ En especial: "El *De opificio mundi* de Filó d'Alexandria, o les lleis de l'al·legorisme clàssic al servei de la teologia pedagògica". *Universitas Tarraconensis*, vol. XI (1987), 107-122.

⁵ 1: 10-12.

se ve obligado a recordarles que no ha podido hablarles como a seres espirituales, sino como a seres carnales, puesto que, desde el momento en que entre ellos hay celos y desacuerdo, son carnales y se comportan de una manera demasiado humana⁶. Vemos de inmediato, por consiguiente, que en esta comunidad integrada por creyentes de distinta procedencia no es fácil alcanzar una comunión de vida. Hay tensiones de todo tipo: entre judíos y griegos, hombres y mujeres, ricos y pobres, entre quienes desean carismas para su propio provecho y quienes los ejercen para el de la comunidad, etc. A los Corintios les gusta crear pequeños grupos con un carismático al frente. Son propensos a la exageración, al deseo de llamar la atención y a valorarse más de lo debido. Son vanidosos y prefieren los ministerios más importantes que permiten mostrar sus habilidades personales: “Valoran más la elocuencia que el contenido evangélico, y la apostolicidad del mensaje les interesa poco. Dignos descendientes de aquellos griegos de los que habla Tucídides, amigos de discursos y novedades, son el producto de su ambiente”⁷.

Independientemente del grado de exageración de estas últimas palabras, lo cierto es que el apóstol sabe muy bien a quién ha de dirigir sus palabras –en su mayoría griegos- y, por lo tanto, todo hace suponer que les responderá –lo confiese o no- con la misma moneda. No es ahora el momento de hacer valoraciones globales que no me corresponden, pero las cartas paulinas son con frecuencia un edificio retórico construido con la ayuda de todos los ladrillos necesarios: proposición, exordio, narración, digresión, argumentación y peroración⁸. Me estoy alejando, no obstante, del objetivo inicial. Pongo fin, pues, al obligado prolegómeno y paso sin más dilación a la lectura del pasaje escogido:

“Puesto que, del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tenga muchos miembros, y todos los miembros, aunque sean muchos, forman un solo cuerpo, así también el Cristo. En efecto, todos nosotros hemos sido bautizados en un solo espíritu para formar un solo cuerpo, tanto judíos como griegos, tanto esclavos como libres, y todos hemos bebido de un solo espíritu. Ciertamente, el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos. Si el pie dijera: ‘Puesto que no soy mano, no soy del cuerpo’, no por ello dejará de formar parte del cuerpo. Y si la oreja decía: ‘Puesto que no soy ojo, no soy del cuerpo’, no por ello dejará de formar parte del cuerpo. Si todo el cuerpo fuese ojo, ¿dónde estaría el oído? Ahora bien, Dios dispuso los miembros en el cuerpo, cada uno, como quiso. Por otro lado, si todos fueran un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? En consecuencia, muchos son los miembros, pero el cuerpo es uno. El ojo no puede decir a la mano: ‘No te necesito’, o, a su vez, la cabeza a los pies: ‘No os necesito’. Antes al contrario, los miembros del cuerpo que parecen más débiles son igualmente necesarios, los que parecen menos nobles los revestimos de mayor honor, y los menos decentes reciben por nuestra parte mayor decencia en la medida en que los que ya lo son no la necesitan. Dios, con todo, conjuntó el cuerpo, dando más honor a quien carecía de él, a fin de que no hubiera escisión en el cuerpo, sino que todos los miembros tuviesen cuidado los unos de los otros. He aquí porque, cuando un miembro sufre, sufren todos los miembros con él, y, cuando un miembro es honrado, se alegran todos los miembros con él.

Vosotros sois, pues, el cuerpo de Cristo y parte de sus miembros. Y en el seno de la Iglesia, los hay a quienes Dios hizo en primer lugar apóstoles, en segundo profetas y, en tercero, maestros; después, quienes tienen poderes, quienes tienen el don de curar, de ayudar, de gobernar, de hablar diversas lenguas. ¿Son todos apóstoles, profetas o

⁶ 3: 1-4.

⁷ M. Carrez, P. Dornier, M. Dumais, M. Trimaille. *Cartas de S. Pablo y Cartas Católicas*, Madrid 1984, p. 67 (y pp. 61-113). Véase también J. Murphy, O'Connor. *Corinthe au temps de Saint Paul*, París 1986.

⁸ M. Carrez. *Op. cit.*, p. 69. Sobre la calidad literaria de S. Pablo, véase, p. e., Amédée Brunot. *Le génie littéraire de Saint Paul*, París 1955.

maestros? ¿Tienen todos poderes, el don de curar, de hablar lenguas o de interpretarlas? Aspirad, empero, a las gracias más grandes”.

(Καθάπερ γὰρ τὸ σῶμα ἓν ἐστὶν καὶ μέλη πολλὰ ἔχει, πάντα δὲ τὰ μέλη τοῦ σώματος πολλὰ ὄντα ἓν ἐστὶν σῶμα, οὕτως καὶ ὁ Χριστός· καὶ γὰρ ἓν ἐνὶ πνεύματι ἡμεῖς πάντες εἰς ἓν σῶμα ἐβαπτίσθημεν, εἴτε Ἰουδαῖοι εἴτε Ἕλληνες, εἴτε δούλοι εἴτε ἐλεύθεροι, καὶ πάντες ἓν πνεῦμα ἐποτίσθημεν. Καὶ γὰρ τὸ σῶμα οὐκ ἔστιν ἓν μέλος ἀλλὰ πολλὰ. ἐὰν εἴπῃ ὁ ποῦς Ὅτι οὐκ εἰμὶ χεῖρ, οὐκ εἰμὶ ἐκ τοῦ σώματος, οὐ παρὰ τοῦτο οὐκ ἔστιν ἐκ τοῦ σώματος· καὶ ἐὰν εἴπῃ τὸ οὖς Ὅτι οὐκ εἰμὶ ὀφθαλμός, οὐκ εἰμὶ ἐκ τοῦ σώματος, οὐ παρὰ τοῦτο οὐκ ἔστιν ἐκ τοῦ σώματος· εἰ ὅλον τὸ σῶμα ὀφθαλμός, ποῦ ἢ ἀκοή; εἰ ὅλον ἀκοή, ποῦ ἢ ὄσφρησις; νῦν δὲ ὁ θεὸς ἔθετο τὰ μέλη, ἓν ἕκαστον αὐτῶν, ἐν τῷ σώματι καθὼς ἠθέλησεν. Εἰ δὲ ἦν τὰ πάντα ἓν μέλος, ποῦ τὸ σῶμα; νῦν δὲ πολλὰ μέλη, ἓν δὲ σῶμα. Οὐ δύναται δὲ ὁ ὀφθαλμὸς εἰπεῖν τῇ χειρὶ Χρείαν σου οὐκ ἔχω, ἢ πάλιν ἢ κεφαλῇ τοῖς ποσὶν Χρείαν ὑμῶν οὐκ ἔχω· ἀλλὰ πολλῶ μᾶλλον τὰ δοκοῦντα μέλη τοῦ σώματος ἀσθενέστερα ὑπάρχειν ἀναγκαῖά ἐστὶν, καὶ ἃ δοκοῦμεν ἀτιμότερα εἶναι τοῦ σώματος τούτοις τιμὴν περισσοτέραν περιτίθεμεν, καὶ τὰ ἀσχήμονα ἡμῶν οὐ χρείαν ἔχει. ἀλλὰ ὁ θεὸς συνεκέρασεν τὸ σῶμα, τῷ ὑστερουμένῳ περισσοτέραν δούς τιμὴν. ἵνα μὴ ἦ σχίσμα ἐν τῷ σώματι, ἀλλὰ τὸ αὐτὸ ὑπὲρ ἀλλήλων μερικνῶσι τὰ μέλη. Καὶ εἴτε πάσχει ἓν μέλος, συνπάσχει πάντα τὰ μέλη· εἴτε δοξάζεται μέλος, συνχαίρει πάντα τὰ μέλη.

ὑμεῖς δὲ ἐστε σῶμα Χριστοῦ καὶ μέλη ἐκ μέρους. Καὶ οὖς μὲν ἔθετο ὁ θεὸς ἐν τῇ ἐκκλησίᾳ πρῶτον ἀποστόλους, δεύτερον προφήτας, τρίτον διδασκάλους, ἔπειτα δυνάμεις, ἔπειτα χαρίσματα ἰαμάτων, ἀντιλήψεις, κυβερνήσεις, γένη γλωσσῶν. Μὴ πάντες ἀπόστολοι; μὴ πάντες προφῆται; μὴ πάντες διδάσκαλοι; μὴ πάντες δυνάμεις; μὴ πάντες χαρίσματα ἔχουσιν ἰαμάτων; μὴ πάντες γλώσσαις λαλοῦσιν; μὴ πάντες διερμηνεύουσιν; ζηλοῦτε δὲ τὰ χαρίσματα τὰ μείζονα –la traducción es mía siguiendo la edición del *Nou Testament Grec-Llatí-Català* basada a su vez en la *Novum Testamentum Graece* de Nestle-Aland, edición vint-i-setena. Barcelona: Associació Bíblica de Catalunya. Editorial Claret. Societats Bíbliques Unides, 1995).

Cumple decir que, en principio, no habría por qué dudar de las palabras del santo cuando, al iniciar la epístola, asegura: “Yo, hermanos, al visitaros, nos os visité para anunciaros el testimonio de Dios con ostentación de elocuencia o de sabiduría... lo que predicaba no consistía en persuasivas palabras de sabiduría, sino en demostración del Espíritu y del poder...” (Κἀγὼ ἐλθὼν πρὸς ὑμᾶς, ἀδελφοί, ἦλθον οὐ καθ’ ὑπεροχὴν λόγου ἢ σοφίας καταγγέλλων ὑμῖν τὸ μυστήριον τοῦ θεοῦ... καὶ ὁ λόγος μου καὶ τὸ κήρυγμα μου οὐκ ἐν πιθοῖς σοφίας λόγοις ἀλλ’ ἐν ἀποδείξει πνεύματος καὶ δυνάμεως... -*idem*)⁹. No obstante, que haya un deseo sincero de no hacer ostentación de elocuencia o de sabiduría, no quiere decir en ningún caso, como sugería antes, que S. Pablo no esté en posesión de un caudal muy considerable de “lugares” (*tópoi*) a los que poder acudir en el momento adecuado. Escritor y lector –lectores-, más allá del mensaje profundo en el que recae todo el énfasis, se entienden gracias a un símil que forma parte de un patrimonio común. No mantengo, claro está, que uno y otro, en el momento de escribir o de leer, recuerden paso a paso la a buen seguro compleja trayectoria del instrumento empleado, pero ambos sacan provecho de una tradición que les pertenece y que, pese a venir de una cultura que ha sido necesario y es necesario convertir, continuará prestando durante mucho tiempo – siglos- ideas, conceptos, imágenes, edificios doctrinales enteros, etc Más aún, tratándose de S. Pablo, lo más probable es que nunca lleguemos a saber de cuál o de cuántas fuentes bebe, pero

⁹ 2: 1-6.

vale la pena al menos presentar un mosaico lo suficientemente amplio donde poder escoger –si es que hay que hacerlo- o hacia el que dirigir nuestras sospechas.

Efectivamente, dada la comparación establecida entre el cuerpo humano y la Iglesia, es aconsejable y lógico parar mientes en primer lugar en la Medicina Griega en busca de símiles e ideas parecidas¹⁰. El primer texto que me gustaría presentar pertenece al tratado *Sobre los lugares en el hombre*¹¹. En un momento dado, cuando se habla de cómo aplicar el mejor tratamiento a las partes afectadas, esto es, fijando la atención en las partes que causan la afección, leemos:

“El cuerpo es una unidad idéntica a sí misma que se compone de partes iguales, aunque no estén dispuestas de igual forma: las pequeñas y las grandes, las de arriba y las de abajo. Y, si alguien, tomando la parte más pequeña del cuerpo quiere producir una lesión, todo el cuerpo sentirá el dolor, y por esta razón, porque la parte más pequeña del cuerpo tiene todo lo que tiene la más grande. Cualquier sensación que experimenta, desagradable o placentera, esta parte más pequeña la traslada a otra de congénere. Así es cómo el cuerpo siente dolor o placer mediante la parte más pequeña, puesto que en la parte más pequeña hay incluidas todas las partes, y éstas, al trasladar aquella sensación a sus congéneres, lo comunican todo” (Τὸ δὲ σῶμα αὐτὸ ἐωυτῶ τωῦτόν ἐστι καὶ ἐκ τῶν αὐτῶν σύγκειται, ὁμοίως δὲ συνεχόντων, καὶ τὰ σμικρὰ αὐτοῦ καὶ τὰ μεγάλα καὶ τὰ κάτω καὶ τὰ ἄνω· καὶ εἴ τις βούλεται τοῦ σώματος ἀπολαβὼν μέρος κακῶς ποιέειν τὸ σμικρότατον, πᾶν τὸ σῶμα αἰσθήσεται τὴν πείσιν, ὅποιή ἂν τις ἦ, διὰ τὸδε ὅτι τοῦ σώματος τὸ σμικρότατον πάντα ἔχει, ὅσα περὶ καὶ τὸ μέγιστον· τοῦτο δ’ ὅποιον ἂν τι πάθῃ τὸ σμικρότατον, ἐπαναφέρει πρὸς τὴν ὁμοεθνήν ἕκαστον πρὸς τὴν ἐωυτοῦ, ἢν τε κακόν, ἢν τε ἀγαθόν ἦ· καὶ διὰ ταῦτα καὶ ἀλγέει καὶ ἥδεται ὑπὸ ἔθνεος τοῦ σμικρότατου τὸ σῶμα, ὅτι ἐν τῷ σμικροτάτῳ πάντ’ ἐνὶ τὰ μέρεα, καὶ ταῦτα ἐπαναφέρουσιν ἐς τὰ σφῶν αὐτῶν ἕκαστα, καὶ ἐξαγγέλλουσι πάντα –la traducció és meva seguint l’edició de Paul Potter. Loeb Classical Library. Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts; London, England, 1995)..

S. Pablo, decidido a terminar con la falta de armonía interna en la comunidad cristiana de Corinto, sabe que la referencia al cuerpo es idónea par sus propósitos. Un solo cuerpo con diferentes miembros, ninguno de ellos imponiéndose sobre los otros, unidad sin escisión, miembros preocupados los unos por los otros. En suma, un lenguaje sencillo y de fácil comprensión, escogido justamente por su capacidad de causar impacto en el entendimiento y el corazón de los hombres de buena fe pero egoístas al fin y al cabo. No obstante, sería imperdonable no advertir que, aun tratándose de algo tan cercano a los seres humanos como su cuerpo, es la ciencia médica como tal, con siglos de existencia y contando con un volumen muy importante de textos especializados, la que permite que la mente humana responda perfectamente a los estímulos. Pues bien, la idea de la unidad en el seno de la pluralidad, la armonía, la conjunción, el comprensible traslado de órdenes de un extremo al otro de la unidad, el sentimiento conjunto y compartido, en suma, todo lo que hemos leído en uno de tantos pasajes posibles, constituye una base permanente donde poder apoyarse. Lo que la Medicina ha ido difundiendo se ha convertido ya en patrimonio cultural de los hombres, cada vez más conscientes de la compleja pero unitaria máquina de su cuerpo, llena de interdependencias y estrechos vínculos. De la Medicina han aprendido que hay que parar mientes en la naturaleza humana y

¹⁰ Naturalmente, no me corresponde tratar, ni tan sólo mínimamente, la problemática general del llamado *Corpus Hippocraticum*: fecha de composición, formación, transmisión, etc. Para todo lo cual, véase p. e., E. Vintró. *Hipócrates y la Nosología hipocrática*, Barcelona 1972, pp. 36-94.

¹¹ *Loc. Hom. I.*

aprender la lección; en caso contrario, corren el riesgo de desaprovechar un caudal enorme de conocimientos. Para comprobarlo quizá no haya nada más indicado que leer un pasaje del *Sobre la naturaleza del hombre*¹²:

“Cuantas enfermedades se originan en la parte más fuerte del cuerpo son las más terribles. Y, en efecto, si permanecen allí donde han comenzado, será forzoso que, sufriendo la parte más fuerte, sufra todo el cuerpo. Si llegan desde la parte más fuerte a alguna de las partes más débiles, los remedios son difíciles. En cambio, todas aquellas enfermedades que, viniendo de las partes más débiles del cuerpo llegan a las más fuertes, tienen una solución más fácil, pues, por causa de su propia fuerza, quedan consumidos fácilmente los humores que a ella afluyen” (Ὅσα δὲ τῶν νοσημάτων γίνεται ἀπὸ τοῦ σώματος τῶν μελέων τοῦ ἰσχυροτάτου, ταῦτα δὲ δεινότατά ἐστιν· καὶ γὰρ ἦν αὐτοῦ μένη ἔνθα ἂν ἄρξῃται, ἀνάγκη, τοῦ ἰσχυροτάτου τῶν μελέων πονεομένου, ἅπαν τὸ σῶμα πονεῖσθαι· καὶ ἦν ἐπὶ τι τῶν ἀσθενεστέρων ἀφίκεται ἀπὸ τοῦ ἰσχυροτέρου, χαλεπαὶ αἱ ἀπολύσεις γίνονται. ὅσα δ’ ἂν ἀπὸ τῶν ἀσθενεστέρων ἐπὶ τὰ ἰσχυρότερα ἔλθῃ, εὐλυτώτερα ἐστίν, ὑπὸ γὰρ τῆς ἰσχύος ἀναλώσεται ρηϊδίως τὰ ἐπιρρέοντα –la traducción es meva seguint l’edició de W. H. S. Jones. Loeb Classical Library. London: William Heinemann Ltd.; Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1953).

Evidentemente, el hecho de que se haga distinción entre unas partes y otras del cuerpo según que sean más fuertes o más débiles, no invalida lo que hemos dicho hasta ahora, ya que, en último término, el cuerpo, como unidad integral que es y con independencia de que “triunfe” o no, se ve impelido a actuar allí donde se declara la enfermedad o a donde ésta pueda trasladarse¹³.

De la Medicina podríamos trasladarnos a la Filosofía. En pocos ámbitos como éste, la ciencia médica ejerció tan gran influjo. Pero no es esto lo que deseo analizar, sino facilitar textos de los que se desprende un mensaje, una “sabiduría”, que modela la mente humana y la deja preparada para la intelección, si es el caso, de mensajes paralelos. Pertenece el primero al *Fedro* de Platón, verdadero patrimonio de la cultura occidental por causa de aquella palinodia. El alma humana, alzando el vuelo hacia el mundo de las Ideas tal como allí se la representa, un alma movida, inspirada y sacudida por el amor, devino en épocas posteriores –ella y las imágenes que la sustentan- en el “paradigma” por excelencia. El *Fedro*, empero, no habla tan sólo del amor y de la Belleza-Bien, habla sobre todo de la buena retórica. El hecho de saber dominar la técnica del discurso es, sencillamente, indispensable, aunque el hecho de saber darle la unidad necesaria armonizando bien las partes es garantía segura de éxito:

‘Es preciso que todo discurso tenga una constitución parecida a la de un animal, con un cuerpo propio, de tal suerte que ni sea acéfalo ni ápedo, sino que tenga parte central y extremidades, escritas de forma que las unas se relacionen con las otras y con el conjunto’ (δεῖν πάντα λόγον ὡσπερ ζῶον συνεστάναι σῶμα τι ἔχοντα αὐτὸν αὐτοῦ, ὥστε μήτε ἀκέφαλον μήτε ἄπουον, ἀλλὰ μέσα τε ἔχειν καὶ ἄκρα, πρέποντα ἀλλήλοις καὶ τῷ ὅλῳ γεγραμμένα –la traducción es mía siguiendo la edición de J. Burnet, *Platonis Opera*, vol. 2 Oxford: Clarendon Press, 1901, rpr. 1991)¹⁴.

¹² *Nat. Hom.* I, 10.

¹³ No creo necesario insistir más en la idea -en el concepto científico- de la unidad armónica del cuerpo humano presente en tantos y tantos textos *del Corpus Hippocraticum*. Diré sólo que podemos seguir ampliamente diferentes reflexiones al respecto en los primeros capítulos, p. e., del tratado que acabamos de citar, el *Sobre la naturaleza del hombre*.

¹⁴ *Pl. Phdr.* 264c.

Como podemos ver, antes que S. Pablo, otros descubrieron ya la oportunidad de pensar en la constitución de la anatomía humana para encontrar en ella el ejemplo idóneo, el paradigma por referencia al cual todo sería claro y diáfano. Nadie niega que la visión de cualquier objeto desmembrado provoca reacciones de desagrado, pero, si ante nosotros tenemos el cuerpo de un animal, de un ser vivo, en estas condiciones, el desagrado seguro que se incrementará. Todo lo que tiene vida propia y está dotado de movimiento precisa de una buena conjunción de sus miembros para poder ejercer su “superioridad”. ¿Acaso osaríamos negar que un animal, un cuerpo con vida, jamás podría ser visto como tal si fuera acéfalo y ápodo? No, no osaríamos porque ofende al sentido común. Un cuerpo con vida tiene pies y cabeza, tiene una parte central y unas extremidades, y, por encima de todo, entre el conjunto y las partes hay una relación de ajuste y conveniencia que permite augurar un funcionamiento correcto. El apóstol de Tarso no tiene dudas sobre la naturaleza animal, de ser vivo –perdonad el símil- de la comunidad de Corinto, comunidad de hombres y de mujeres, desgraciadamente maltrecha por disensiones internas. Por consiguiente, el uso del cuerpo humano como paradigma convincente resulta incuestionable. Sin embargo, el apóstol sabe también, como lo sabía Platón, que el éxito de sus palabras dependía precisamente del hecho de que éstas, tal vez percibidas inconscientemente como un todo, presenten una buena constitución, de tal suerte que (el discurso) no sea acéfalo ni ápodo, sino que tenga parte central y extremidades, escritas de forma que las unas se relacionen con las otras y con el conjunto”.

Fijémonos, pues, cómo siglos antes de *La Epístola a los Corintios* existía ya un lugar común del que poder sacar provecho en diversos campos. De hecho, y siguiendo de nuevo las enseñanzas de Platón –con quien San Pablo podría coincidir totalmente-, tan sólo es necesario que el hombre que es bueno y busca el bien con sus palabras, el hombre que nunca habla alocadamente sino con los ojos puestos en un objetivo concreto (*pròs ti*), actúe como actúa cualquier artesano, puesto que:

‘... pintores, arquitectos o constructores de barcos, y todo el resto de artesanos, cada cual dispone en un cierto orden lo que pueda llegar a utilizar, y obliga que unas cosas se avengan y se armonicen con las otras, hasta que el conjunto queda constituido como algo con orden y proporción’ (... τὸὺς ζωγράφους, τὸὺς οἰκοδόμους, τὸὺς ναυπηγούς, τὸὺς ἄλλους πάντας δημιουργούς... ὡς εἰς τάξιν τινὰ ἕκαστος ἕκαστον τίθησιν ὃ ἂν τιθῆ, καὶ προσαναγκάζει τὸ ἕτερον τῷ ἑτέρῳ πρότερον τε εἶναι καὶ ἀρμόττειν, ἕως ἂν τὸ ἅπαν συστήσῃται τεταγμένον τε καὶ κεκοσμένον πρᾶγμα –la traducción es mía siguiendo la edición de J. Burnet, *Platonis Opera*, vol. 2 Oxford: Clarendon Press, 1903, rpr. 1968).

Permítame el lector que, en este caso, no adjunte en nota la procedencia exacta de la cita, pues me interesa remarcar que la última observación proviene del *Gorgias* (503e-504a), diálogo acompañado tradicionalmente de la explicitación de su contenido con un “o de la Retórica”.

Y, ya que nos movemos en el terreno de la Filosofía, quisiera presentar un texto respecto del cual hemos de adoptar todo tipo de prevenciones. En efecto, es muy difícil dilucidar ya hasta qué punto un tal Hisdosus, a propósito de un texto tardío como el comentario de Calcidio al *Timeo* de Platón, puede todavía transmitir con un mínimo de fidelidad el sentido originario de un fragmento de Heráclito. El enigmático y oscuro filósofo de Éfeso, al hablar del alma, nos deja a menudo perplejos, pero podríamos admitir, como mínimo, que el símil que leeremos acto seguido no desmerece en absoluto su ingenio:

“Al igual que una araña, por hallarse en medio de la tela, siente inmediatamente cuando una mosca rompe algún hilo suyo y rápidamente se dirige allí como si le doliera la rotura del hilo, así también el alma del hombre, si alguna parte del cuerpo resulta herida, se dirige allí como si no soportara el dolor del cuerpo al que está unida de manera firme y proporcional” (*sicut aranea, ait, stans in medio telae sentit, quam cito musca aliquem filum suum corrumpit itaque illuc celeriter currit quasi de fili persequione dolens, sic hominis anima aliqua parte corporis laesa illuc festine meat quasi impatiens laesionis corporis, cui firme et proportionaliter iuncta est* –la traducción es mía siguiendo la edición de H. Diels- W.Kranz. *Die Fragmente der Vorsokratiker*, vol. 1, 6th edn. Berlin: Weidmann, 1951, rpr. Dublin / Zurich, 1966)¹⁵.

Si hasta ahora el cuerpo, en el marco de las citas presentadas, presentaba una unidad y coherencia totales, ésta a buen seguro se incrementa automáticamente cuando se enfatiza la idea del cuerpo como un “ente animado”. El alma, unida al cuerpo de manera firme y proporcionada, deviene la mejor garantía de un cuidado providencial. Ella es la garantía de la percepción inmediata del mal recibido, y la garantía de una acción también inmediata y eficaz, puesto que, como decía San Pablo, “cuando un miembro sufre, sufren todos los miembros con él”, y no digamos ya su principio rector. Si no voy desencaminado, por tanto, Heráclito, con todas las cautelas que debemos adoptar en esta ocasión, participaría igualmente de un “fondo de conocimientos” común del que el apóstol podrá seguir proveyéndose siglos más tarde.

No obstante, espero ser perdonado si, abusando sin duda de un texto dudoso, se me antoja tenerlo por emblemático del San Pablo que comentamos. No querría ofender la sensibilidad de nadie, pero imaginarme a este animoso personaje como el hombre araña decidido a no permitir que insecto alguno –entiéndase todo tipo de egoísmo humano poco propenso a crear armonía– rompa la telaraña tejida pacientemente, me resulta muy tentador.

Por otro lado, el hecho de haber traído a colación las hipotéticas palabras de Heráclito me permite ahora transitar fácilmente hacia aquellos en quienes su influjo se dejó sentir a menudo: los estoicos. El alcance de este trabajo no permite largas digresiones, pero era previsible que, antes o después, me detuviera en aquel cuerpo doctrinal llamado Estoicismo que hizo del cosmos, único y compacto, el paradigma de la vida útil y provechosa. Probablemente, ningún movimiento ideológico no ha enaltecido tanto y con tanto acierto la unidad cósmica como orden o coordinación de una realidad inmensa y plural donde todo ocupa su lugar, donde todo queda justificado. El mundo, el cosmos, el orden puede a veces no parecerlo, pero, más allá de la limitada intelección humana, todo tiene lugar por causa de una ley universal que todo lo abarca y gobierna –ley que puede no coincidir con las particulares necesidades humanas.

He aquí, pues, sin más prolegómenos, el tipo de texto estoico que puede sernos ahora de gran utilidad. Forma parte de las *Tusculanae Disputationes* de Cicerón y dice así

“Del mismo modo que la analogía del cuerpo, en lo que es malo, alcanza a la naturaleza del alma, así también en lo que es bueno. Hay, efectivamente, en el cuerpo una salud, una belleza... peculiares, y la hay también en el alma. Del mismo modo que la buena constitución del cuerpo, cuando las partes de las que constamos concuerdan entre sí, se llama salud, así también en el alma, cuando sus juicios y opiniones son armónicos... Y de manera parecida a como en el cuerpo hay una cierta configuración apropiada de los miembros con un cierto encanto en el color que se llama belleza, así también, en el alma, la uniformidad y consistencia de sus juicios... la llamamos belleza” (*Atque ut in malis attingit animi naturam corporis similitudo, sic in bonis. Sunt enim in corpore praecipua valetudo, pulchritudo... sunt item in animo. Ut enim corporis temperatio, cum ea*

¹⁵ Hisdosus Scholasticus *ad Chalcid. Plat. Tim.* (cod. Paris 1. 8624 s. XII f 2. DK, 67 a).

congruunt inter se, e quibus constamus, sanitas: sic animi dicitur, cum eiu iudicia opinionesque concordant. Et ut corporis est quaedam apta figura membrorum cum coloris quadam suavitate, eaque dicitur pulchritudo: sic in animo opinionum iudiciorum aequabilitas et constantia... pulchritudo vocatur –la traducción es mía siguiendo la edición de los *Stoicorum Veterum Fragmenta* de Hans von Arnim. Stuttgart: Teubner, 1964)¹⁶.

Ni que decir tiene que San Pablo necesita justamente curar el alma de la comunidad, ya que, a lo que parece, el criterio de sus miembros se halla desequilibrado y falto de concordancia. Sólo cuando unos y otros, tan pronto decidan trabajar de nuevo bien conjuntados y, aportando las aptitudes generales, recuperen la salud-belleza mental, anímica y de espíritu, el médico-pastor podrá sentirse consolado. Jamás podremos cuantificar, claro está, el peso específico de este tipo de argumentos estoicos en el pensamiento del santo, pero son tantas las deudas demostradas para con el Pórtico que lo prevemos considerable, tan considerable, como mínimo, como el papel clave que la *corporis similitudo* juega en los razonamientos precedentes.

Muchos textos se pueden traer a colación para confirmar una tónica general en el seno de la Estoa, pero yo preferiría retroceder hasta dar con algunos pertenecientes a uno de sus grandes representantes: Crisipo:

“Pues, en el cuerpo, estas cosas (la salud y la belleza) las delimitó con exactitud, fijando la salud en la simetría de los elementos y la belleza en la de los miembros. Lo manifestó claramente a lo largo del párrafo... donde dice que la salud del cuerpo es la simetría de sus elementos calientes, fríos, secos y húmedos, elementos corporales, mientras que la belleza considera que no es fruto de la simetría de los elementos, sino de la de los miembros¹⁷. La enfermedad del alma es lo más parecido al desorden del cuerpo” (ἐπι μὲν γὰρ τοῦ σώματος ἀκριβῶς αὐτὰ διωρίσατο, τὴν μὲν ὑγίειαν ἐν τῇ τῶν στοιχείων συμμετρία θέμενος, τὸ δὲ κάλλος ἐν τῇ τῶν μορίων. ἐδήλωσε γὰρ σαφῶς τοῦτο διὰ τῆς προγεγραμμένης ὀλίγον ἔμπροσθεν ῥήσεως, ἐν ἣ τὴν μὲν ὑγίειαν τοῦ σώματος ἐν θερμοῖς καὶ ψυχροῖς καὶ ξηροῖς καὶ ὑγροῖς συμμετρίαν εἶναι φησιν, ἅπερ δὴ στοχεῖα δηλονότι τῶν σωμάτων ἐστιν, τὸ δὲ κάλλος οὐκ ἐν τῇ τῶν στοιχείων, ἀλλ’ ἐν τῇ τῶν μορίων συμμετρία νομίζει... ἡ δὲ τῆς ψυχῆς νόσος ὁμοιοτάτη ἐστι τῇ τοῦ σώματος ἄκαταστασία -*idem*)¹⁸.

¿Habrá que añadir que también San Pablo se esfuerza por conseguir la simetría en el cuerpo de la comunidad cristiana de Corinto? Salud y belleza fueron sustantivos que en un tiempo no muy lejano le correspondían; ahora, en cambio, él ha de recomponer el equilibrio perdido y alcanzar así una belleza o salud anímica que no se debiera haber perdido. No olvido, naturalmente, que simetría es un término que no aparece en la epístola que estamos abordando, pero nada de lo que acabamos de leer es ajeno a su espíritu didáctico; no lo es porque el apóstol se inscribe, como creo ir demostrando, en una tradición amplia y extendida, capaz de acoger a cuantos quieran ampararse en ella.

Sin embargo, antes de abandonar el Estoicismo, querría que el lector fijara la atención en uno de los escasísimos fragmentos largos que hemos conservado de la llamada Estoa Antigua. Se trata del *Sobre el matrimonio* de Antípatro de Tarso, el último gran representante del primer período de la escuela. Presento ante todo mis excusas porque soy consciente de que me alejo un

¹⁶ Cic. *Tusc. Disp.* IV, 13, 30. *SVF* III, 279.

¹⁷ Gal. *De plac. Hipp. et Plat.* V, 3. *SVF* III, 472.

¹⁸ Gal. *Op. cit.* V, 2. *SVF* III, 471.

poco del símil que he procurado confrontar hasta ahora con otros lo más coincidentes posible. Espero, sin embargo, que sabré demostrar la oportunidad del ejercicio.

Antípatro de Tarso mantiene que el joven noble preocupado por el bien de su ciudad ve en el matrimonio un deber ineludible. Un hombre solo es una unidad imperfecta que necesita ser complementada con la presencia de una mujer. Por otra parte, este joven ha de hacer crecer la patria; no ha de quedar privado del amor tierno de los hijos, etc., etc. Pero, ante todo, el matrimonio es un tipo de unión, de conjunción de dos personas muy especial. No hay en él ningún tipo de desequilibrio, sino una mezcla total y absoluta como la del vino con el agua: “Las demás amistades y afectos se parecen a la mezcla por yuxtaposición (τὰς παραθέσεις μίξεσιν) de las legumbres o cualquier otra cosa similar; la del hombre y la mujer, en cambio, a las totales (ταῖς δι’ ὅλων κράσεσιν) como la del vino con el agua, los cuales, si bien se mantienen como tales, se mezclan totalmente”¹⁹. En esta misma línea, el sabio estoico, sirviéndose de Eurípides, aconseja a los jóvenes tener bien presente que “la mujer es lo más placentero (ἡδιστον) para el hombre tanto en la enfermedad como en la desgracia, si administra bien la casa, aplacando su mal humor y liberando su alma de la aflicción”²⁰. (Visto con ojos contemporáneos, conviene en verdad alcanzar metas más elevadas de filoginia). El consejo, naturalmente, se ajusta a las exigencias de una época en que el placer, el libertinaje, etc., parecen haberse hecho dueños de la escena. Lejos de pensar, por tanto, que el matrimonio es “una de las cosas más penosas”, o que la llegada de la esposa equivale “a la invasión de un ejército expedicionario” –quiero subrayar que las comillas cumplen en este caso con su cometido, es decir, reproducir literalmente los términos-, los jóvenes deberían darse cuenta de que:

“Es, pues, como una persona que, por el hecho de tener una sola mano, tomara la otra de alguna parte, o, por tener sólo un pie, consiguiera otro de algún otro lugar, de manera que pudiera encaminarse más fácilmente hacia donde quisiera... de igual modo, quien se case obtendrá ventajas provechosas y útiles a lo largo de toda la vida. En lugar de dos ojos, por ejemplo, usa cuatro y, en lugar de dos manos, otro número igual con el que poder hacer, también más fácilmente, el trabajo manual. Aunque se cansen unas, podrá arreglárselas con las otras y, siendo en total dos en lugar de uno, podrá tener más éxito en la vida. En consecuencia, a quien juzga que la llegada de la esposa dificulta la vida, creo que le ocurre algo parecido a lo que experimentaría una persona que impidiera conseguir más pies para no arrastrarlos en caso de tener que caminar mucho, o censurara el hecho de procurarse más manos, ya que su número representaría un estorbo cuando hubiera que hacer algo” (ὁμοιότατον γὰρ ἐστὶν ὡς εἴ τις μίαν ἕξων χεῖρα ἑτέραν ποθὲν προσλάβοι ἢ ἓνα πόδα ἔχων ἕτερον ἀλλαχόθεν κτήσαιο. ὡς γὰρ οὗτος πολὺ ἂν ῥᾶον καὶ βαδίσοι οὐ θέλοι κάπελάσαι καὶ προσαγάγοιτο, οὕτως ὁ γυναικᾶ εἰσαγαγόμενος ῥᾶον ἀπολήψεται τὰς κατὰ τὸν βίον σωτηρίους καὶ συμφερούσας χρείας. ἀντι γοῦν δύο ὀφθαλμῶν χρῶνται τέσσαρσι καὶ ἀντι δύο χειρῶν ἑτέραις τοσαύταις, αἷς καὶ ἀθρόως πράττοι ἂν καὶ ῥᾶον τὸ τῶν χειρῶν ἔργον. διὸ κἂν εἰ αἱ ἕτεραι κάμνοιεν, ταῖς ἑτέραις αὐθραπεύοιτο καὶ τὸ σύνολον δύο γεγονῶς ἀνθ’ ἑνὸς μᾶλλον ἂν ἐν τῷ βίῳ κατορθοίη. διόπερ τὸν νομίζοντα τὴν εἴσοδον τῆς γυναικὸς καταβαρύνει τὸν βίον καὶ δυσκίνητον ποιεῖν ὅμοιον οἶμαι πάσχειν, ὡς εἴ τις πλείονας πόδας κωλύοι προσλαβεῖν, ἴν’ ἐὰν πολὺ δέη βαδίζειν μὴ ἐφελκώμεθα πολλούς, ἢ τῷ πλείονας χεῖρας κτωμένῳ μέμφοιτο· ὅταν γὰρ τι δέη πράττειν ἐμποδίσσασθαι ὑπὸ τοῦ πλήθους αὐτῶν –*idem*)²¹.

¹⁹ Stob. *Florileg.* LXVII 25. *SVF* III, Antipater Tarsensis 63.

²⁰ *Ibid.*

²¹ *Ibid.*

He aquí, pues, un buen modo, según Antípato de vertebrar dos personas diferentes con el ánimo de crear una unidad superior y fértil. Consiste en sumar siempre, en modo alguno en restar, con la convicción de que una buena articulación de los elementos particulares conseguirá sin duda mejorar los resultados finales²². San Pablo, es cierto, apuntaba en otra dirección y, además, nunca se nos muestra muy partidario del matrimonio, pero ambos comparten, como es obvio, el mismo entusiasmo por las posibilidades de la *corporis similitudo*.

Y para poner punto final a este recorrido por la tradición de un mismo símil en ámbitos y épocas diversos, propongo que nos detengamos un momento en la nueva “concepción histórica” representada por Polibio. No es éste el lugar ni el momento de hablar largo y tendido²³ sobre un hombre singular nacido en Megalópolis alrededor del 205 a. C., con una educación esmerada, no sólo literaria sino general, que comprendía amplios conocimientos de astronomía, medicina, geometría, música, etc. En efecto, yo querría centrarme en el análisis de los capítulos iniciales del libro I de las *Historias*, a fin de, guiados por su certero diagnóstico del significado de la aparición y afirmación del poder de Roma, poder comprender el alcance de algunos términos clave. Después, naturalmente, tendremos la oportunidad de confrontarlo todo con las palabras de San Pablo y de hacer las inferencias oportunas. Comencemos, pues:

Según Polibio, hay que optar ya por una concepción somática de la Historia. ¿Por qué? Porque, después de la victoria de los romanos sobre los cartagineses, la historiografía ha de ajustarse a una “panorámica” diferente²⁴. En los tiempos anteriores, los acontecimientos del mundo eran “esporádicos” (σποράδας), ya que, por razón de su iniciativa, resultado y lugar, eran todos ellos diferentes. Pero, desde aquella victoria, “sucede que la historia ha devenido algo en forma de cuerpo, y que los acontecimientos de Italia y Libia se enlazan con los de Asia y Grecia con una tendencia común hacia una única finalidad” (Ἀπὸ δὲ τούτων τῶν καιρῶν οἰονεὶ σωματοειδῆ συμβαίνει γίνεσθαι τὴν ἱστορίαν, συμπλέκεσθαι τε τὰς Ἰταλικὰς καὶ Λιβυκὰς πράξεις ταῖς τε κατὰ τὴν Ἀσίαν καὶ ταῖς Ἑλληνικαῖς καὶ πρὸς ἓν γίνεσθαι τέλος τὴν ἀναφορὰν ἀπάντων –la traducción es mía siguiendo la edición de W. H. Paton. Loeb Classical Library. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press; London. William Heinemann Ltd., 1975). Roma, vencidos los cartagineses, se aplicó a Grecia y a Asia, y, como resultado de una concepción singular de su destino, se propuso alcanzar –y los ha alcanzado ya- el imperio y el dominio universales. Pues bien, ante esta nueva realidad, ante este cambio sin precedentes en la escena final, el historiador no puede permanecer anclado en viejos esquemas, sino optar por una profunda y decidida “revolución”. Polibio lo explica así:

“Lo peculiar de mi obra y sorprendente para nuestros días es lo siguiente: que al igual que la Fortuna ha dirigido casi todos los acontecimientos del universo hacia una sola parte y los ha forzado a dar su anuencia a un único y mismo objetivo, conviene también, mediante la historia y someténdolo todo a una única sinopsis o visión conjunta, exponer a los lectores los medios con que la Fortuna ha hecho frente al cumplimiento de todos sus designios” (Τὸ γὰρ τῆς ἡμετέρας πραγματείας ἴδιον καὶ τὸ θαυμάσιον τῶν καθ’ ἡμᾶς καιρῶν τοῦτ’ ἔστιν ὅτι, καθάπερ ἡ τύχη σχεδὸν ἅπαντα τὰ τῆς οἰκουμένης πράγματα πρὸς ἓν ἐκλινε μέρος καὶ πάντα νεύειν ἠνάγκασε πρὸς ἓνα καὶ τὸν αὐτὸν σκοπόν, οὕτως καὶ δεῖ διὰ τῆς ἱστορίας ὑπὸ μίαν σύνοψιν ἀγαγεῖν ὅλων πραγμάτων συντέλειαν -*idem*).

²² Sobre el matrimonio estoico, véase, p. e., Pau Gilabert. “¿Mujer, matrimonio e hijos en el Estoicismo Antiguo bajo el amparo de Eros?” *Emérita* LIII, fasc. 2º (1985)315-345.

²³ Véase, p. e., R. Sacks. *Polybius and the writing of History*, Berkeley 1981.

²⁴ Todos los pasajes que citaré a continuación formen parte del libro primero de las *Historias*, 3-5.

¿Por qué imprime Polibio una nueva dirección al arte de la Historia? Porque ningún historiador contemporáneo se ha aplicado a la sintaxis conjunta de los acontecimientos (τῆ τῶν καθόλου πραγμάτων συντάξει). El problema de los historiadores de su tiempo, según Polibio, es que muchos han abordado las guerras particulares (τοὺς μὲν κατὰ μέρος πολέμους) y algunos acontecimientos simultáneos, mientras que ninguno... no se ha puesto a examinar jamás la marcha general y conjunta de los acontecimientos (τὴν δὲ καθόλου καὶ συλλήβδην οἰκονομίαν τῶν γεγονότων). Así, es imposible que quienes escriben aisladamente las historias puedan llegar a sinopsis alguna (συνιδεῖν), a menos que, por el hecho de haber recorrido una por una las ciudades más célebres, presuman de haber comprendido la forma de todo el mundo, su situación y disposición conjunta (τὸ τῆς ὅλης οἰκουμένης σχῆμα καὶ τὴν σύμπασαν αὐτῆς θέσιν καὶ τάξιν). Las palabras finales, y sobre todo pensando en San Pablo, quería reproducirlas literalmente:

“Eso no es en absoluto creíble, puesto que yo al menos opino que a los convencidos de que, mediante la historia particular, pueden alcanzar una visión convenientemente sinóptica de la totalidad, les ocurre algo parecido a lo que experimentan cuantos, al ver los miembros separados de un cuerpo vivo y hermoso en otro tiempo, llegaran a creerse testimonios oculares del vigor y la belleza del mismo ser vivo, ya que, si alguien uniera de repente y restituyera íntegramente el ser vivo a su aspecto y sana apariencia vital anterior y, después, lo mostrase de nuevo a los observadores, creo que todos ellos reconocerían inmediatamente que antes se habían alejado mucho de la realidad, y estaban cerca, en cambio, de los soñadores. Ciertamente, es posible hacerse una idea del todo por una parte, pero es imposible alcanzar ciencia y conocimiento exactos. Por consiguiente, he de concluir que la historia particular contribuye muy poco a tener seguridad y experiencia en la universal. Sólo mediante la trabazón y puesta en común de todas las partes, y también mediante su similitud y diferencia, un buen observador llega a obtener de la historia provecho y delectación” (ὅπερ ἐστὶν οὐδαμῶς εἰκός. καθόλου μὲν γὰρ ἔμοιγε δοκοῦσιν οἱ πεπεισμένοι διὰ τῆς κατὰ μέρος ἱστορίας μετρίως συνόψεσθαι τὰ ὅλα παραπλήσιόν τι πάσχειν, ὡς ἂν εἴ τινες ἐμψύχου καὶ καλοῦ σώματος γεγονότος διερριμμένα τὰ μέρη θεώμενοι νομίζοιεν ἰκανῶς αὐτόπται γίνεσθαι τῆς ἐνεργείας αὐτοῦ τοῦ ζῶου καὶ καλλονῆς. εἰ γὰρ τις αὐτίκα μάλα συνθεὶς καὶ τέλειον αὐθις ἀπεργασάμενος τὸ ζῶον τῷ τ' εἶδει καὶ τῇ τῆς ψυχῆς εὐπρεπείᾳ, κᾶπειτα πάλιν ἐπιδεικνύοι τοῖς αὐτοῖς ἐκεῖνοις, ταχέως ἂν οἶμαι πάντας αὐτοὺς ὁμολογήσειν διότι καὶ λίαν πολὺ τι τῆς ἀληθείας ἀπελείποντο πρόσθεν καὶ παραπλήσιοι τοῖς ὄνειρώττουσιν ἦσαν. ἔννοιαν μὲν γὰρ λαβεῖν ἀπὸ μέρους τῶν ὅλων δυνατόν, ἐπιστήμην δὲ καὶ γνώμην ἀτρεκῆ σχεῖν ἀδύνατον. διὸ παντελῶς βραχὺ τι νομιστέον συμβάλλεσθαι τὴν κατὰ μέρος ἱστορίαν πρὸς τὴν τῶν ὅλων ἐμπειρίαν καὶ πίστιν. ἐκ μέντοι γε τῆς ἀπάντων πρὸς ἄλληλα συμπλοκῆς καὶ παραθέσεως, ἔτι δ' ὁμοιότητος καὶ διαφορᾶς, μόνως ἂν τις ἐφίκοτο καὶ δυνηθεῖη κατοπτεύσας ἅμα καὶ τὸ χρήσιμον καὶ τὸ τερπνὸν ἐκ τῆς ἱστορίας ἀναλαβεῖν -*idem*).

Cumple decir que, de esta interesante declaración de intenciones sobre las nuevas y obligadas perspectivas de la ciencia historiográfica, el apóstol de Tarso saca un indudable provecho. Él es el primer interesado, en efecto, en que los cristianos de Corinto no devengan, cada uno en el área de su actuación, episodios aislados, esporádicos. Nadie como él se esfuerza para que esta comunidad recupere de nuevo los atributos propios de un ser vivo con un cuerpo (*sōma*) que una las diferentes partes o aptitudes en un objetivo común, es decir, conseguir que el “animal” tenga suficiente salud como para poder evitar contratiempos inútiles. San Pablo no se cansará de

repetir que todos y cada uno de los carismas existentes en el seno de la comunidad ha de trabajar, no desde una perspectiva egoísta y singular, sino sinóptica y plenamente sintáctica. Tan sólo esta conciencia –o, si no es posible, esta sencilla visión estratégica- les permitirá evitar la descoordinación evidente entre lo que normalmente hacen y lo en verdad innovador que, como cristianos, deberían fomentar: la conjunción, savia e inteligente, de todas las fuerzas existentes sin pérdidas estériles de energía. San Pablo decía que, cuando un miembro sufre, sufren todos con él; Polibio alerta sobre el peligro de confundir un cuerpo sin vida de miembros separados con otro lleno de vida y hermoso. La idea no es exactamente la misma –sería absurdo negarlo-, pero una vez más habrá que admitir que ambos son persuasivos en la medida en que saben adentrarse en los secretos de la variada y fructífera *corporis similitudo*.

Hasta aquí la configuración de un mosaico por referencia al cual podemos percibir, a mi entender, la indudable habilidad retórica de un hombre decidido a actuar siempre que es necesario, y a hacerlo adaptándose a las coordenadas culturales de quien le escucha o lee. El mensaje puede ser sencillo –lo es-, pero ante nosotros tenemos una sencillez estudiada, posible por la existencia de un trasfondo permanente que permite que los argumentos broten con un gran potencial de persuasión. Por mi parte, como filólogo preocupado por situar los textos en el marco que les corresponde, he tenido que contentarme esta vez con sugerir diferentes alternativas –todas ellas en deuda con una ciencia médica que se ha impuesto ya- y reconocer a un tiempo la originalidad de quien se sabe “en deuda con” pero no prisionero. San Pablo puede estar bebiendo de la base teórica y formal que nutre el conjunto de las fuentes aducidas. No importa mucho establecer relaciones concretas y exactas –en el supuesto de que ello fuera posible. Me doy por satisfecho si he ayudado a dibujar los contornos de un tópico común que pertenece ya a todos y que permite trabajar con gran comodidad. Nada más, perdonad que concluya este escrito con una cita algo extensa. Lo hago porque dice mucho del porqué el cristianismo y el mundo clásico estaban llamados a coincidir en espacios compartidos, donde las fronteras personales y propias quedan difusas. Y lo hago también porque la analogía del “cuerpo orgánico” hace de nuevo acto de presencia para ayudarnos a resolver los interrogantes que a menudo –y de forma inocente- pueden plantearse:

“Christians found as much to be offended by in the hedonism of the Greek atomists as in their view of the psyche, and greatly preferred the moral doctrines of Plato, Aristotle, and the Stoics. The theory of the Closed World found in nature an eternal organic structure, in which man had a peculiarly honoured place at the top of a hierarchy of living forms. The view of the cosmos as an organism suggested that each living form must have a function in the system, just as each of the organs does in a living creature. The function of an organ must be discovered by looking at what it does uniquely, or what it does best. If we look at man’s position in the world in this light, his capacity for reasoning appears to be his distinguishing character. Hence, it seemed that the exercise of reason must be man’s moral goal; and Plato, Aristotle, and the Stoics all adopted this view of human morality, with some variations of detail”²⁵.

²⁵ D. Furley. *The Greek Cosmologists*. Cambridge: Cambridge University Press, 1987, p. 7.